XXVIII.

Una abuela.

DURANTE todo el dia en que tuvo lugar el reconocimento de Leonor por su padre, que segun recordarán nuestros lectores, fué el mismo de la catástrofe de Ines, Doña Estefanía no apareció por la casa de Mondragon; y era esto tanto mas extraño, cuanto que hacia ya muchos años que no salia sino muy pocas veces á la calle, y entonces volvia á la casa, sin haberse hecho esperar jamás á las horas de la comida.

Pero aquel dia, las horas se pasaban, y Mondragon comenzaba á inquietarse: el deseo de darle la feliz noticia, y de presentarle á Leonor como á su nieta, redoblaban el deseo de Mondragon, que la esperaba con impaciencia.

Desde el instante en que Leonor fué reconocida, todas las puertas de la casa y de los roperos se abrieron para ella. Mondragon estaba encantado; y para mas confirmacion, en uno de los cajones de Matilde se encontró una caja con una lámina de daguerreotipo, que representaba á Jorge y á Leonor. Salvadora no hizo mas que verlos, y reconocerlos inmediatamente.

Mondragon estaba verdaderamente contento: el placer de haber encontrado á su hija y la esperanza de ver á Jorge, le hacian olvidar la historia misteriosa de la desaparicion de su muger.

—¡Cuánto deseo, hija mia, que pronto se acabe el sitio, para ver á mi Jorge!

—Y yo tambien: me acuerdo de él como si le tuviera delante.

—¡Malvados hombres estos! ¿Por qué no se rendirán? No más estan sacrificandonos á todos. ¿Y para qué, si no tienen ni esperanza de remedio?

—Creo que muy pronto estarán aqui los liberales. ¿Iremos á recibir á Jorge?

—Por supuesto, por supuesto. ¿Y tu estás muy contenta?

—¿Cómo no, padre mio? Ahora sí, porque ahora siento un no sé qué que me dice, que ahora sí no nos engañan, que es usted mi padre, que soy su hija, que Jorge es mi hermano.

—Pero seria bueno que Salvadora fuera á ver á esa vieja de la casa del malvado Valdespino, para averiguar algo mas.

—¿Pero si eso podia manchar la memoria de mi madre?

—Tienes razon: si tu madre vive, si no se presenta, debe ser porque su conciencia no se lo permite: si ha muerto, Dios la habrá ya juzgado.

En este momento un criado avisó que Doña Estefanía habia llegado, sin duda algo enferma, porque se habia metido á su recámara sin hablar con nadie.

—Pues si no es cosa de cuidado, dijo Mondragon, es fuerza que venga para que participe de nuestra alegría; yo mismo voy á traerla.

Mondragon se dirijió á la recámara de Doña Estefanía: estaba cerrada por dentro, observó por el agujero de la cerradura: la pobre señora, de rodillas delante de una Dolorosa, rezaba y lloraba.

Mondragon llamó.

—¿Quién? preguntó Doña Estefanía, procurando serenarse.

—Yo: ábrame usted.

No habia medio de rehusarse: Doña Estefanía limpió sus ojos, y abrió.

—Señora, dijo Mondragon, si no se tratara de un negocio tan importante, no la interumpiera yo.

—¿Pues qué hay?

—Hoy va usted á encontrar á una hija que lloraba perdida desde su niñez, y que yo he encontrado.

Doña Estefanía, impresionada con la historia de Ines, creyó que de ella se trataba: sintió que se le nublaba la vista, y si Mondragon no la hubiera sostenido, hubiera caido.

—Por Dios, señora, no se afecte usted de esa manera, que va á hacerle mal: cálmese usted, y vamos á ver á su hija luego.

—Es tarde ya, dijo Doña Estefanía pensando en que se trataba aún de Ines.

—¡Tarde! ¿y por qué?

—¡Oh! porque ha muerto, dijo sollozando la pobre muger.

—¡Muerto! ¡ha muerto! No lo crea usted: aqui está con nosotros: en la sala nos espera.....

—¿Pero quién? ¿de quién me habla usted?

—De Leonor, de mi hija, de la hija de Matilde, de su nieta de usted.....

—¿De mi nieta? ¿ha parecido? ¿en donde está?

—Aqui en la sala: no me cabe duda que es ella.

—¿Pero cómo? ¿cómo?

—Venga usted y la verá.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Doña Estefanía cayendo de rodillas: gracias, gracias, porque al lado de tanto dolor, has puesto tanto gozo.

—Venga usted, venga usted, decia Mondragon, tomandola de una mano y sin comprender el sentido de sus palabras: venga usted á verla; es el retrato de Matilde.

Doña Estefanía caminaba conducida por Mondragon. Leonor estaba en la sala, y como por recuerdo se habia puesto un abrigo que su padre le contó que era el que usaba de ordinario Matilde dentro de la casa; de manera que la semejanza era completa, y Doña Estefanía creyó estar viendo á su hija.

—¡Leonor! ¡tu abuela!

Leonor se paró, y Doña Estefanía la recibió en sus brazos. Aquella pobre vieja habia sufrido en el dia tantas y tan grandes emociones, que no pudo ya resistir, y se desmayó en los brazos de Leonor.

Mondragon acudió en su auxilio, y la colocaron en el sofá.

Cuando pasó aquella primera sensacion, quiso saberlo todo, quiso oir los mas minuciosos detalles de la boca de Doña Salvadora, y la sentó á su lado.

Doña Estefanía escuchó asombrada aquella relacion; y al oir hablar de la casa de la plazuela de Loreto, y de la vieja, y de la señora que lloraba cuando le arrancaron á sus hijos, entonces lo comprendió todo. Aquella casa era la misma adonde habia ido la última vez á ver á D. Celso; aquella Pilar era la confidenta de sus amores; aquella muger que lloraba y que sin embargo entregaba á sus hijos, era Matilde, su hija, y al mismo tiempo su rival. Entonces recordó que habia llegado á tener zelos de Matilde en su pasion por Valdespino, y un rayo de luz disipó las sombras que confundian su inteligencia: Valdespino era sin duda el seductor de Matilde, el que la habia obligado á abandonar la casa de su marido, y á seguirle en la plazuela de Loreto. Tal vez cuando ella habia ido alli, tambien alli estaba su hija..... Este pensamiento era capaz de hacer estallar su cerebro.

¿Pero de qué medios tan poderosos se habia valido D. Celso para obligar á Matilde á tan inmensos sacrificios? Esto era lo único que ella no podia alcanzar: si hubiera podido adivinar to-

do lo que habia pasado entre Matilde y su seductor, la pobre Estefanía hubiera muerto de vergüenza y de remordimientos.

A la mañana siguiente, muy temprano, fué sepultada Ines. unos cargadores la conducian á su postrer mansion en una humilde caja pintada de negro: ningun cortejo fúnebre; Feliciana y la "Guacha," á pié, tras el cuerpo; esto era todo.

Don Celso no habia vuelto por la casa.

Doña Estefanía pasó en la iglesia toda la mañana: á las doce volvió á la casa, y encontró alli á la "Guacha," que iba muy seguido á recibir limosna.

—Ahora sí hay familia nueva, dijo la Guacha á Doña Estefanía.

—Sí; Mondragon ha encontrado á una hija suya que se habia perdido desde niña.

—¡A Leonor! dijo la Guacha sin poderse contener y con el corazon de madre, olvidando el papel que representaba.

—¿Cómo sabe usted que se llama Leonor? dijo admirada Doña Estefanía.

—Por las criadas he oido este nombre en la cocina, contestó la Guacha dominandose y aparentando la mayor serenidad.

—Sí, dijo Doña Estefanía, á Leonor, mi nieta, la hija de mi pobre Matilde: aqui está; la hemos reconocido por una casualidad, por la muger que la sacó del lado de mi hija, que es la que la ha criado. ¡Oh! ¡y se parece tanto á mi pobre Matilde!...

—¡Qué ganas tengo yo de conocerla! ¿dónde podria verla?

—Es muy facíl: siéntese usted aqui en la puerta de la cocina, y ya voy á traerla con cualquier pretesto: verá usted qué bonita, y mirandola á ella, es como si viera usted á mi hija.....

—Bueno, bueno; pues aqui me siento.

Y la pobre muger, desconocida de su madre, de su hija y de su marido, mendigando el pan en su propia casa, y sin esperanza de ser reconocida nunca, que se habia impuesto á si misma aquella miseria y aquel abandono, como una expiacion á su falta, se sentó temblando en el suelo, y clavó sus ávidas miradas en la puerta por donde habia de aparecer su hija.

Se oyó el roce de un vestido, la voz de Doña Estefanía que hablaba, y en el fondo de la puerta se destacó la figura bellísima de Leonor.

La Guacha sintió toda su sangre afluir al corazon: quiso levantarse, gritar, pero solo pudo agitar sus manos convulsivamente, y lanzar una especie de gemido sordo y gutural.

—Esa pobre viejita tiene algo, dijo Leonor llegando precipitadamente á ella.

La Guacha no tenia vida sino en los ojos, que clavaba obstinadamente en Leonor.

—Es su mal, dijo una criada.

—Pero que le hagan alguna medicina, agregó Leonor.

—Ya se le pasará, dijo la criada; ha de ser debilidad.

—Esto es muy extraño, pensó Doña Estefanía; aqui se encierra algun misterio.

—¡Leonor! gritó adentro Mondragon.

—¡Voy, padre! dijo Leonor: Mamá grande, que le den algo á esa pobrecita.

—Aquí me quedo, contestó Doña Estefanía.

Leonor se retiró, y su abuela permaneció al lado de la Guacha que comenzaba á volver en sí.

—Usted me oculta algo, le dijo: ¿quién es usted? ¿cómo se llama? ¿por qué se desmayó al ver á Leonor? Aquí hay un misterio que es preciso que me descubra.

—Mañana que estaré mas calmada, le contaré á usted todo: por ahora me voy.

—No, cuénteme usted.

—Ya le dije que hoy no, mañana.

Y la pobre muger, casi arrastrandose, salió de la casa.

—¡Hija mia! decia en su corazon: ¡qué feliz fuera yo pudiendo vivir á tu lado, aun cuando fuera como una criada; pero

es imposible, el corazon me venderia, y tu, para ser dichosa, necesitas no conocer la historia de tu desgraciada madre. No: no echaré en tu corazon vírgen y puro, ni una gota de la hiel que rebosa en el mio. Por tu felicidad, mi último sacrificio. Mi madre ha comenzado á sospechar: quizá no tenga yo valor para ocultar por mas tiempo quién soy. No, no volveré mas aqui. ¡Adios hija mia! ¡adios madre mia! ¡adios!.....

Y no tuvo valor ni para decir dentro de sí: "¡esposo mio!"

XXIX.

La noche del desórden.

CON la alegría, olvidó Mondragon á su amigo Caralmuro, y no pensó en ir á rescatarle hasta el dia siguiente al del reconocimiento; pero cuando lo recordó, era ya casi de noche, y lo dejó para la mañana próxima.

Aquella noche la guarnicion estaba mas inquieta que de costumbre: habia habido en la tarde un fuego horrible de cañon por todas partes, y los vecinos pacíficos temian un asalto, al paso que entre los militares se hablaba, aunque con reserva, de capitulacion y de garantías.

Se decia, como cosa cierta, que unos enviados de Márquez habian intentado entrar en arreglos con Porfirio Diaz, General en jefe del ejército sitiador, y que nada habian podido conseguir; y los subalternos murmuraban, asegurando que algunos jefes de alta graduacion habian desaparecido de sus puestos. La desmoralizacion era completa, y á medida que avanzaba la noche, comenzaron á presentarse síntomas alarmantes que auguraban la próxima disolucion del ejército.

Primero, las deserciones individuales, el abandono completo del servicio, la desaparicion de los oficiales, y luego la sublevacion, el desbandamiento, la derrota, el desórden mas absoluto.

A la madrugada todo habia terminado. Grupos de soldados atravesaban las calles disparando sus fusiles al viento, tirando los uniformes, y dejando en las puertas cerradas de las tiendas y de las casas, sus armas y sus fornituras.

La luz del nuevo dia alumbró las fortificaciones de la ciudad ocupadas por el éjercito Republicano, y el palacio coronado por un corto número de austriacos, que no tardaron mucho en rendirse á discrecion.

La ciudad se durmió imperial, y despertó Republicana.

A la mitad de aquella noche, Caralmuro que dormia tranquilo en su prision, oyé abrir la puerta, y vió penetrar por ella á un sargento, con su fusil al hombro y un farol en la mano.

Como todo se podia temer de aquellos hombres, Caralmuro creyó que iba á ser víctima de algun nuevo atropellamiento.

—¿Qué hay? preguntó incorporandose en la mesa que le servia de lecho.

—Pues nada, mi jefe, contestó el sargento, sino que ya estamos en la derrota.

—¿Cómo en la derrota? preguntó Caralmuro paseandose: ¿ha habido asalto?

—No; pero ya todos nos desbandamos; cada uno se va para donde quiere, y yo vine á ver á su merced á ver si se quiere ir tambien, y si quiere llevarme, porque yo soy de lejas tierras, y aqui no tengo casa; y como su merced me ha dado algunos medios.....

—Pero ¿es verdad lo que dices?

—Si yo los he visto irse todos, con estos ojos que se ha de comer la tierra: vaya, mi jefe, véngase, no entren los otros y la "molimos."

—¿Y nos dejarán salir?

—Sí, ya no hay nadie, vámonos.

Caralmuro tomó su sombrero y siguió á su guía: el cuartel estaba desierto, y solo de cuando en cuando distinguia al pasar por los patios, algunas hogueras que los soldados habian dejado ardiendo al retirarse.

No hay una cosa que entristezca mas en la vida militar, que esas fogatas solitarias que permanecen ardiendo en un campamento ó en una ciudad abandonada repentinamente. Parece como que aquel fuego siente su soledad, como que es algo de la vida de los soldados que queda triste y entregado á los furores del enemigo. Hay cierta especie de amor por el fuego que manos amigas encendieran; se piensa en los que rodeaban aquella hoguera, en lo que pensaban; en fin, se siente una cosa tan inexplicable, pero tan profundamente triste, que quizá conmueva mas al alma que un campo de batalla.

Al salir á la calle, Caralmuro vió atravesar por el fondo del cuartel un hombre embozado en una capa y seguido de dos que le alumbraban: Caralmuro reconoció á Márquez, que cruzaba por alli, como esas almas en pena de que nos hablan las fantásticas leyendas del pueblo, que vienen en las altas horas de la noche á visitar al teatro de sus crímenes.

El sargento tiró al foso el farol, que cayó sin apagarse, y comenzó á caminar seguido de Caralmuro, procurando tomar siempre las calles mas extraviadas. Por todos lados encontraban oficiales y soldados dispersos, á pié ó á caballo, que se iban perdiendo entre las sombras de las calles, y á cada bulto que aparecia y á cada rumor de pisadas, el sargento se detenia y armaba su fusil para defenderse; pero nadie les dijo nada; todos pensaban en sí, y no mas que en sí.

Llegando ya al centro de la ciudad, el sargento preguntó á Caralmuro:

—¿A dónde?

—A la calle de San Francisco.

Y volvieron á caminar. Cerca ya de su casa, Caralmuro se adelantó para llamar al zaguan, y advirtió que un hombre en camisa y en calzon blanco, sin sombrero, y cubierto solo con una frazada, llamaba tambien á la misma puerta.

Era uno solo; Caralmuro venia acompañado, y ademas el sargento traia su fusil; de manera que no habia por qué temer: se avanzó hasta cerca de aquel hombre, y le preguntó:

—¿Qué se ofrece?

El hombre dejó de llamar; y sin acobardarse por la pregunta, acercó curiosamente su rostro al de D. Juan, para reconocerle en la oscuridad de la noche.

—¡D. Juan!—exclamó tomandole entre sus brazos.

—¡D. Plácido!—contestó Caralmuro abrazandole á su vez—¿Cómo ha salido usted?

—¿Sabia usted que estaba preso?

—Sí, el amigo Mondragon me contó todo; pero entraremos, porque las calles están llenas de dispersos, y en estos momentos un encuentro cualquiera es peligroso.

Volvieron á llamar, y los criados que á traves de la puerta habian conocido las voces, abrieron luego. Todos ellos estaban en pié, como sucedia casi en toda la ciudad; mas nadie se atrevia á salir á la calle.

—Entra—dijo D. Juan al sargento—Ahora cierren bien, y no abran á nadie sin avisarme: que se acueste por ahí ese soldado: búsquenle ropa y escondan la que trae y el fusil.

Caralmuro y D. Plácido subieron alumbrados por un lacayo: los criados habian adivinado ya, por los acontecimientos, que D. Juan volveria pronto, porque todo estaba dispuesto para recibirle.

—¿Y cómo ha salido usted? preguntó D. Juan.

—Pues me abandonaron, se fué la guardia del hospital, y yo me salí tras ella, sin sombrero y sin ropa, y hasta sin zapatos. ¿Y usted?

—Lo mismo, se fué la tropa.

—¿Conque Mondragon le dijo á usted cuanto pasa?

—Sí: y usted sabia que Leonor se habia ido á la casa de Mondragon?

—Sí; y no me parece mal, por que al fin va á ser su esposa.

—Pero no le he visto ayer, ni hoy; y es raro.

—Quizá le habrá sucedido algo. Pero antes que se me olvide, que no se me olvidaria, le daré á usted una noticia, que con el triunfo de los nuestros, va á colmar á usted de felicidad.

—¿Cuál es?

—Encontré á Alejandra.

—¡A mi hija!

—Sí, y ademas á Margarita.

—¡A mi muger! ¡á mi Margarita! Pero ¿donde, donde?

—Aquí en México, en un meson.

—¿Cómo no las trajo usted aquí? ¿qué será de ellas?

—Oigame usted.

D. Plácido refirió lo mas brevemente que le fué posible para calmar la ansiedad de Caralmuro, el encuentro de Alejandra y el lance que le habia impedido traerlas.

—Pues vamos por ellas—dijo levantandose D. Juan.

—¡A estas horas, y en esta noche! ¿cómo ha de ser eso?

—¿Pero si les sucede algo? están muy espuestas.

—Más lo estarán si las sacamos á la calle, á estas horas, con tanto soldado disperso. Piénselo usted, D. Juan.

—Tiene usted razon: mañana en cuanto amanezca nos iremos; me mata la impaciencia. ¡Quién sabe las miserias que habrán pasado!

—Yo les dejé cuanto llevaba, y quizá les haya alcanzado: mañana iremos, no se impaciente usted.

—¿Y Alejandra y Margarita saben que vivo, y que las busco?

—Todo lo saben, todo.

—Margarita estará muy acabada

—No, nada de eso: parece hermana de su hija: es una muger perfectamente conservada.

—¿Y se acuerdan de mi? ¿me querrán mucho?

—Vamos, ¡qué pregunta!

—Si estoy como loco, Dios mio, como los muchachos queriendo que amanezca antes que los otros dias.

—Poco debe faltar; son las tres.

—Dos horas es mucho.

—Un poco mas, porque hasta las seis no podemos salir.

—Dios mio, Dios mio, que venga el dia, que venga el dia.

Y D. Juan se paseaba ajitado, asomandose á cada momento al balcon, para buscar en el Oriente las luces de la mañana.

XXX.

Las dos viejas.

EN otro corazon que no fuera el de Valdespino, el terrible drama de Ines hubiera producido una impresion tan profunda como duradera; pero aquella alma negra y corrompida sufrió el golpe como la conmocion que produce una máquina eléctrica en el cuerpo de un hombre: se siente por un momento, que todo el sistema nervioso se agita y se descompone, y casi en el mismo instante todo se acaba y queda solo un recuerdo que bastan dos horas cuando mas para hacerlo desaparecer.

Al dia siguiente al de la desgracia, Márquez envió á llamar á D. Celso, y la situacion política era tan grave, que en todo el dia le fué imposible volver á su casa.

A las ocho de la noche tocó el zaguan, y entró precipitadamente.

—Señor, le dijo Pilar, hemos estado todo el dia con mucho cuidado por usted.